

PEDRO SIENNA

Una figura romántica que se aleja... Hace muchos años, en el teatro Politeama trabajó un artista que en su tiempo tuvo no poco renombre: Jambrina. Con él hizo sus primeros alardes de actor Pedro Sienna. Le sedujo, en su mocedad, la expresión artística de aquél. Y desde entonces trazó su camino: sería un actor... y lo fue. En el teatro y en el cine llegó a ser Pedro Sienna todo un actor. Dado enteramente al cultivo del arte escénico, fue haciéndose poco a poco muy popular a través de múltiples interpretaciones en las que él ponía toda su alma.

Como recitador, en los entreactos, a pedido del público, entusiasmado con sus trabajos de galán o de actor, solía recitar versos propios o de otros poetas de renombre por aquel entonces. Más de alguien que sobrevive ha de haberle escuchado "Esta vieja herida que me duele tanto" o bien "La Marcha Triunfal" y recordará el estruendo de aplausos que estallaba al término de cada composición...

Sus funerales tuvieron un extraño significado. Salieron al parecer de sus casas en donde viven, quizás sus horas o momentos de ancianidad ya, numerosísimas personas a quienes no se les veía por la calle desde hacía tiempo. Eran verdaderas apariciones. Y muchas de ellas llorando, o con la emoción visiblemente exteriorizada en el abrazo que daban a sus conocidos: artistas, actores, actrices, escritores, periodistas, de otras épocas. Fue un acto de despedida con muy honda cordialidad, que hizo a quienes lo presenciaron revivir, in mente, la ajetreada, alegre, optimista existencia de tiempos en que, sin duda, el ser humano estaba más libre que hoy de esos odios que infiltran en el alma la política y sus consignas.

En los funerales habló en primer término, a nombre de la Sociedad de Escritores de Chile, su presidente, Luis Merino Reyes; luego Manuel Canueva, Alejandro Alvarez y varios otros más.

Reproducimos a continuación el discurso pronunciado por el Presidente de la SECH, Luis Merino Reyes, que es-

boza muy bien la personalidad de Sienna:

Sin duda alguna, Pedro Sienna vivió para el arte, para la mímica teatral, para el cine y la literatura. Ese es ya un mérito esencial en nuestro país poblado de prácticos del desierto. Desde muy joven llevó la corbata flotante, el chambergo, la capa y si salió a buscar trabajo fue ofreciendo a la redacción del diario provinciano, unos románticos versos. Su padre fue un enjuto militar de nuestro Ejército, un sobreviviente de los prodigios heroicos de 1879; su hermano Marcial murió frenético de amor cuando era casi un niño. El, en cambio, a los 21 años de edad, triunfa con sus "Rogativas a mi corazón", en los Juegos Florales, de 1914, aquellos que dan a conocer a la alta maestra nortina, después gloria de nuestras glorias, Gabriela Mistral. "Nadie te supo comprender: —Nadie sufrió con tu dolor: —una mujer y otra mujer... —¡Siempre el engaño del amor! —Sacude tu agria laxitud—, ahoga todo tu penar,— que la carcoma del laúd— nadie la puede adivinar.— ¡Qué siempre sea mi cantar— una canción de juventud!— Fea es la luna... ¿No es verdad?— Es enfermizo su claror...— Ella dejó sin heredad— tanto poeta soñador".

Así se escribían versos en 1914, cuando la tristeza y la fatalidad parecían inherentes a los poetas de melena y chambergo, a los rebeldes de corazones puros.

Pedro Sienna sobrepasa con amplitud esa estampa. Además, fue novelista, cuentista, autor teatral de piezas sentimentales y arrebatadoras, actor él mismo. No en vano en aquellas macilentas "Rogativas", lo dice como desahogando su energía, su apostura, su voz cálida de actor innato: "Que siempre sea mi cantar una canción de juventud".

Como es obvio, este hombre inquieto, este ser sobrepasado por la riqueza de su vitalidad que se mostraba en el libro, en el escenario, en el amor, no se mantuvo en ningún límite. Fue al cine, a nuestro cine, uno de los más antiguos y de peor suerte de América; encarnó él mismo al guerrillero Manuel Rodríguez, se vistió de húsar de la muerte, galopó en un brioso caballo, saltó los pesados obstáculos, venció en las astutas estratagemas, tuvo su relámpago de poder en la patria joven. Así, en esa apostura lo fijó la memoria popular y cuando en la filmación de una película se vio en un trance callejero difícil, en áspero diálogo con la policía, le bastó pregun-

tar al público que lo rodeaba: "¿Quién soy yo? ¡Ustedes me conocen! Manuel Rodríguez, respondieron todos". El mito, el artificio que envuelve el arte, se había hecho realidad, la apostura del húsar se confundía con el paso natural de la vida cotidiana.

Sin embargo, por una obra artística que se recuerda hay muchas otras que permanecen en segundo plano, la huella de una acción diaria, de un continuo doblegar resistencias. "La agonía de Arauco", "El hombre de acero", "Un grito en el mar" son títulos que jalonan la tarea infatigable.

Nosotros conocimos a Pedro Sienna varios años después, cuando él ya estaba saturado de recuerdos para el futuro monótono, cuando hacía periodismo en una revista santiaguina. Fuimos a visitarlo con unos primeros versos para que los leyera y nos dijera algo de lo que un poeta principiante sueña. Fue para nosotros un encuentro generoso, cordial que nunca hemos olvidado. De regreso, al atravesar el puente del río Mapocho, nos dinamizaba una emoción incontenible, pero también un recuerdo agradecido. Se nos había fijado en la memoria una estampa. Este hombre maduro, alto, de pelo canoso y facciones firmes, cuya profunda mirada oscura no escarmenaba con severidad, sino que representaba un bello papel en la vida, era un personaje, el más diáfano de los personajes de nuestro mundo.

Así y a medida que los años avanzaron, seguimos viéndolo juvenil, animoso, profesor de teatros obreros, encargado de suplementos literarios, fiel cumplidor de sus deberes gremiales, laureado con un Premio Nacional de Arte que nunca ostentaba, paciente en las polémicas del oficio, nunca ocupado de administrar su nombradía y de contemplarse como algunos geniecillos de nuestras rutas.

Y ayer un llamado telefónico nos dio la noticia que nunca habríamos relacionado con su persona, con su mirada de eterno y joven héroe. El amanecer del 10 de marzo de 1972 sólo mediría su contorno yacente. El astuto y escurridizo húsar de la muerte había caído en su celada, una voz cálida y generosa había enmudecido, el destino de un hombre dado al arte y la literatura, se convertía en preclaro ejemplo.

En nombre y representación de la Sociedad de Escritores de Chile, me asocio a esta hora de luto.